

España al desnudo (1931-2007)

Manuel Ramírez

Editorial Encuentro, Madrid, 2008

REMEDIO SÁNCHEZ FERRIZ

Catedrática de Derecho Constitucional

Universitat de València

El profesor Ramírez vuelve a ofrecernos su visión de la España más controvertida, si no por otras razones, que también pudieran concurrir, por ser sus distintas fases el referente constante y polémico de la presente Legislatura y, especialmente, de la anterior. Referente positivo o negativo, según las dos experiencias políticas que el período sobre el que se reflexiona comprende y seguramente inocuo o indiferente por lo que se refiere a la última etapa, la democrática que ahora se pretende revivir o reescribir desde la nueva nomenclatura socialista.

La sola determinación del período que en el propio título del libro se quiere resaltar invita a la lectura del mismo. Aunque la incitante idea de observar a España al desnudo bien puede conducirnos a visiones y prejuicios muy parciales y/o partidistas en función de quien la describa o de los intereses o adscripción de cada autor.

Justamente, por ello, el interés de este libro deriva directamente de las cualidades de su autor; por quien es y por lo que nos aporta de su propia ciencia y experiencia; y, fundamentalmente, de su espíritu crítico e independiente. Son características de valor incalculable, hoy más que nunca por su rareza en el ámbito universitario que, por ello, nos invitan a repensar tantos datos objetivos como el autor ofrece y, al tiempo, nos sumergen en una escritura brillante, de erudición espontánea y de verbo fácil y natural que nos traen al recuerdo dos sentimientos de juventud, hoy tan lejanos y olvidados:

El primero, el recuerdo vivido de la Universidad pensante y permanentemente crítica con la realidad del momento y con la sociedad (con la nuestra, añadiría yo, no sólo con las más alejadas). Y el segundo, tan vinculado a aquélla, el ejercicio del pen-

samiento libre protagonizado y liderado por estudiosos capaces de atraer a las aulas un público «no vinculado», sino simplemente atraído por la *auctoritas* intelectual y moral de quien hablaba. Recuerdo otros ejemplos de aquel tiempo universitario y me pregunto si es que, además de haber cambiado tanto la sociedad y la Universidad, ésta no tiene nada que decir de aquélla o si acaso la juventud está tan ocupada en las enseñanzas regladas que ignora el interés de actividades intelectuales no siempre vinculadas a la nota y al futuro estipendio.

De ello nos habla el profesor Ollero Tassara cuando al prologar el libro nos presenta al autor y, al resaltar su atractivo de joven profesor en la Universidad granadina, trasporta al lector al ambiente universitario de los años sesenta cuando el conocimiento, el estudio, y el espíritu crítico, no marchaban ni desligados ni desperdigados; y fueron capaces de crear pensamiento y de liderar el cambio social. Nos recuerda la herencia, entonces viva aún, de la Institución Libre de Enseñanza, de su integración en las preocupaciones sociales y políticas; en definitiva, de la fe en la capacidad del estudio, del esfuerzo, y del conocimiento para reformar la sociedad.

Es curioso, no menciona el profesor Ollero entre los grandes «amores» intelectuales del autor a Azorín (tal vez un literato no sea o deba ser referente especial en un científico de la política y el derecho). Sin embargo, la lectura del profesor Ramírez me recuerda también al escritor alicantino. No hay circunloquios ni larguísimas fórmulas profesoras que tanto afean nuestra comunicación con la sociedad. El discurso directo, la expresión fácil, clara y contundente, dejan la complejidad y profundidad

de lo que se expresa sólo para la reflexión sin que lleguen nunca a afectar a la forma.

Cierto es, sin embargo, que poco de nuevo ofrece el autor a quienes hemos ido siguiendo su obra de la que este libro viene a ser una espléndida síntesis y, si no fuera porque ni está al final de su carrera ni, seguro, éste haya de ser su último libro, diría que estamos ante la memoria intelectual y académica del profesor Ramírez (las que de veras lo son, no aquellas que los profesores nos hemos visto obligados a hacer en las viejas oposiciones, usando más la memoria-reflexión ajena que la propia, a la hora de consolidar la carrera como funcionarios). No por ello carece de interés. Si acaso, éste es mayor para quien desconoce las obras anteriores, pues tiene el valor de ofrecer lo mejor de cada una de ellas bajo el hilo conductor de la preocupación de España y por España¹ desde el conocimiento de quienes con mayor acierto lo expresaron (Unamuno, Ortega, etc.) y desde el estudio profundo y la reflexión de las etapas históricas más significativas para la polémica actual que el propio Gobierno alimenta (tanto sobre la significación política y social de la Segunda República como sobre las bondades y defectos del texto constitucional de 1931).²

Precisamente es esa actualidad en que el propio Gobierno ha colocado una Constitución a la que los constituyentes de 1978 tuvieron la cautela de no mencionar más allá de lo estrictamente necesario, y el empeño revisionista de lo que se ha dado en llamar «memoria histórica», también esto contraviniendo acuerdos, actitudes y convicciones de la Transición,³ lo que revitaliza el interés de viejos estudios del autor ofreciendo a quienes los conocemos el renovado interés de sus opiniones sobre la realidad política presente.⁴

Y en este sentido, qué duda cabe, que al autor le preocupa que la presente no sea una más de tantas ocasiones perdidas,⁵ que no seamos capaces de evitar que esta «democracia mejorable» no llegue al punto de lo irreparable. Y, por ello, cuando las

actitudes políticas actuales recuerdan pasados errores, es fuerza recordar aquello de lo que se ha de huir, aquello que tan presente tuvieron los políticos de la Transición. Las precedentes ocasiones, las pérdidas, tuvieron una constante: «Nos faltó ese consenso básico del que partir y caminar con el necesario pragmatismo. Siempre partiendo de cero. Siempre con la pretensión de cambiarlo todo» (p. 39).

Hay ahora condiciones más favorables para la consolidación que el autor menciona («factores que albergan la esperanza», p. 59) pero no faltan errores y algún que otro despropósito. «Si nos limitamos a la autojustificación de que la política en democracia “es y seguirá siendo así”, teniendo que comer sapos cada mañana y sin intentar su mejora, ya será tarde. El español del machamartillo que hiciera verso Jorge Guillén, seguirá girando en torno a la noria y se quedará, una vez más, con su dogmática verdad, al margen de la historia» (p. 69).

Y puesto que de nuevo hemos caído en el error de prescindir de la «necesaria virtud de asumir el pasado» y, una vez más caemos en el consabido utilizar, negar y manipular el ayer político «con el premeditado propósito de usarlo como arma arrojada contra el adversario en la lucha política», para el autor es cuestión de coherencia y de responsabilidad (en definitiva, de honestidad intelectual) llamar la atención sobre los riesgos de tal actitud política, hoy de nuevo planteada a los españoles, y advertir de los errores históricos y conceptuales que, tal vez por desconocimiento (y no siempre con pretensión manipuladora), están a la orden del día en el debate político.

Para el lector, al menos para quien ahora escribe, es de agradecer que quien conoce bien tan discutido período nos ofrezca su visión política y científica con el valor añadido de no ser persona sospechosa de veleidades ideológicas que puedan situarle entre quienes, según los partidarios de la llamada «memoria histórica», están interesados en ocultarla o en impedirarla. Si esta

1 Creo que la deliciosa lectura del Capítulo Primero, «Porqué y para qué» no tiene desperdicio y rememora un estilo hoy perdido entre los que han venido a sustituirlo: el relato periodístico, la sofama ideológica y el análisis jurídico confesadamente purista, y a veces ininteligible, plagado de tecnicismos del momento (no sé si ad hoc, pero superabundantes como para dudar de su carácter realmente técnico).

2 «Ignoro la necesidad, convertida en perentoria, en virtud de la cual, pasados los treinta años de una Transición basada en la concordia y en el no revanchismo, se ha traído a perturbador debate el tracto Segunda República-Guerra civil-Franquismo» (p. 134).

3 De ahí que haya comenzado (quien ahora comenta) por calificar de inocuo o indiferente el primer período democrático. No por su falta de sig-

nificación; bien al contrario: porque, siendo la base de la prosperidad y de la consolidación democrática de que hoy disfrutamos, se quiere echar en el olvido, se pretende ignorar o ningunear como si de algo obsoleto se tratara.

4 M. Ramírez, *Los grupos de presión en la Segunda República Española*. Madrid, Tecnos, 1969. M. Ramírez, *Las reformas de la Segunda República*, Madrid, Tucur Ediciones, 1977. M. Ramírez y otros, *Estudios sobre la Segunda República Española*. Madrid, Tecnos, 1975. M. Ramírez, *Sistema de partidos en España (1931-1990)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1991, etc.

5 M. Ramírez, *España en sus ocasiones perdidas y la Democracia mejorable*. Zaragoza, Mira Editores, 2000.

reflexión al hilo del libro de Manuel Ramírez hubiera tenido yo que hacerla hace unos 35 o 40 años es muy probable que la relación de nombres que hoy acuden a la mente, de una y otra parte, estuviera invertida al menos en buena parte.

En definitiva, el autor del libro no nos habla «desde la derecha» sino desde el conocimiento profundo de un período bien estudiado (el republicano), cuando no era «políticamente correcto» hacerlo, y desde la vivencia del franquismo con el que fue tan crítico como ahora lo es con los errores presentes. Sólo quien ha luchado por la democracia puede afirmar hoy con autoridad moral que no vale cualquier democracia; que, ya instalados en ella, se ha de seguir luchando para no caer en la demagogia.

No escapa en la lectura cierta sensación de tristeza, la de quien observa la repetición de errores pasados, la instalación de nuevo en dogmatismos que, por tales, no excluyen el disparate conceptual.⁶ Justo es, por ello, que quien puede haga públicas algunas precisiones sobre lo que en estos años se ha puesto tan de moda:⁷ «[...] envueltos en la hemorragia memorística, no han faltado loas de toda clase a la Constitución de 1931 [...] Por supuesto, para quienes en nuestras investigaciones no hemos venido al mundo científico en 1978 (dicho sea con todos los respetos o con ninguno para quienes tan cómodamente han olvidado el largo trecho del pasado), todo lo antes apuntado vendría requerido de una extensa serie de matizaciones» (p. 105).

Y, en efecto, el lector encontrará en el libro interesantes matizaciones y precisiones conceptuales de utilidad para la comprensión de la actual polémica y, sobre todo, para situarla en sus justos términos. En tal sentido, el análisis del texto de 1931, puesto en relación (o, mejor, en contradicción) con lo que Mirkine-Guetzvitich por entonces llamaría las «nuevas tendencias constitu-

cionales», que ya se ponían en práctica en Europa, nos pone en la pista de las dificultades técnicas⁸ que habría de tener un texto carente de fuerzas políticas en condiciones de liderar tan radical cambio social y político más allá de la presencia de concretas personalidades de atractivo indiscutible como, para el propio autor, ha sido siempre Azaña.⁹

Veinte páginas ilustran una visión del franquismo que también resulta valiosa por la descripción de quien, habiendo estudiado y vivido (que no «instalado» en) el régimen, conoce no pocos personajes de los que ofrece curiosas anécdotas. Tal vez lo más destacable sea el recuerdo de la endeblez de las bases sociales de la monarquía (pp. 175 a 184) que, sin embargo, como todos los demás elementos políticos del país, contribuirá a la concordia como punto de arranque, como cimiento, del futuro que se prepara. Formalmente, el punto de inflexión viene representado por la Ley para la Reforma Política; materialmente, en cambio, la transformación es fruto y mérito de una generalizada voluntad de converger hacia un futuro común: «No se volvía la cabeza atrás con la más mínima frase condenatoria. Se caminaba a la nueva Ley (que sería la Constitución) como si nada hubiera pasado, explicando lo que se iba a hacer desde la mas pura asepsia. Entiendo que se trató de uno de los mayores aciertos de los constituyentes. Al seno de los sentimientos íntimos se relegaban condenas o alabanzas» (p. 184). Pero lo que más importa también en la breve reflexión sobre el período, como en las referencias a etapas anteriores, es la precisión conceptual sobre las distintas fases del régimen y sobre la evolución de la realidad sociológica que da lugar a la aparición y necesitada consolidación de la clase media.¹⁰

6 «Afirmar que nuestra actual Constitución enlaza con la republicana de 1931 es algo que llega ya al absoluto disparate» (p. 75).

7 El año 2006 ha estado hartamente agobiado por una cansina y hasta creo que poco objetiva campaña sobre la llamada «Memoria Histórica». En ella se ha incluido, con más pasión que reflexión y como un todo sin el necesario paréntesis la «magnificación de nuestra Segunda República», las violencias de la posterior Guerra Civil y hasta el supuesto genocidio del régimen que se instaura en 1939 y que perdura hasta 1975. Todo junto y sin recato intelectual...» (p. 104).

8 Destaco los aspectos técnicos de gran interés expuestos por Ramírez, por no mencionar ahora las consabidas exageraciones en el orden religioso u otros de orden social que tampoco son silenciadas en el libro: «de lo que no puede prescindir ninguna Constitución es de una seria y comprometida pretensión, desde su comienzo y a través de su articulado, de “integrar al país que viene a definir y regular”» (p. 121).

9 También en ello ha de gustar la lectura de esta obra pues, la admiración por el personaje y el profundo conocimiento de su obra permite al

autor una síntesis de sus bondades y méritos; pero ello no es óbice para señalar también los errores o para calificar alguna peculiaridad: «A Manuel Azaña le perdió su afán por la frase que él consideraba estética. Era su forma de ser, de hablar y describir» (p. 83). «[...] hemos aludido al gran defecto azañista de echar muchas cosas y muchos personajes por tierra en aras de una frase que para él resultaba dichosa» (p. 119).

10 «El proletariado español, mucho más virulento que lo que de la escasa industrialización cabía esperar, se convirtió muy pronto en el agente social que juzgaba insuficiente un régimen, la República, que parecía no dar plena respuesta a sus demandas... En muchos pueblos primó la delación injustificada, los odios crecidos durante años... Es decir, salió a flote ese componente cainita que llevamos dentro y que parece que tiene que salir a la luz cada cierto tiempo por una causa u otra. Y lo grave: la inexistencia o enorme escasez de una clase social que pudiera haber jugado el papel de colchón entre unos y otros. Esto es lo que tardaron en ver y comprender los citados intelectuales...» (pp. 171-172).

El mayor interés de esta parte lo constituye el poder hacer una lectura desapasionada, objetiva (o, al menos, distante) y técnica sobre un período del que hoy tantas otras lecturas son incapaces de ofrecer la más mínima descripción sin contundentes descalificaciones (tan atroces e indiscriminadas a veces que llegan a importunar y/o autorresponsabilizar a tantos ciudadanos que, por simple razón cronológica y generacional, lo tuvieron que vivir).

Pues bien, volviendo a las referencias sobre la nueva clase media, la sitúa (entre tantos otros elementos) en la base del éxito de la Transición y, en lo que se refiere a los posibles errores actuales, cree el autor que también éste es uno más entre los elementos para la esperanza del presente: la «existencia, por vez primera, de una fuerte clase media enemiga del riesgo y conveniente entramado social entre la dualidad de antaño: los que lo tenían todo y los que nada tenían» (p.59). Lamentable ha de ser, pues, que habiendo logrado una base social proclive al encuentro y a la consolidación de lo logrado, tengamos que ver renacer la confrontación por las mal gestionadas «diferencias»: las que alimentan los nacionalismos y «dañan sin reparo la base y el sentimiento de una Nación española que a veces se niega en las esferas oficiales...» (p. 189). Y, también, las ideológicas, en realidad hoy simple contraposición de intereses partidistas que se sobreponen sin autocontención alguna al interés común poniendo en riesgo todo lo logrado en la Transición que conocimos y vivimos intensamente¹¹ y, en consecuencia, conduciéndonos al desencanto. En efecto, también en el libro encontraremos, para acabar, una reflexión no muy optimista sobre los propios días en que el autor pone fin a la obra.

11 Y, de nuevo, la inquietud por la manipulación, si procede, de las ideas, de la historia y de la realidad con que se alimentan las supuestas construcciones intelectuales del debate actual: «Las polémicas nacidas en el tema de la Memoria Histórica también han llegado a ciertas exageraciones a la hora de fijar el momento en que se produce la Transición. Y de

esta manera se ha llegado a afirmar que el franquismo en sí ya constituyó Transición [...] Me apresuro a dejar clara la condición de disparate que, en mi opinión y en la de cualquier científico de la política esta afirmación posee» (p. 159).